

1 Introducción: el turismo, la cultura y sus intrusos

El mes de agosto de 2022 fue uno de los más calurosos que he vivido hasta ahora en Mallorca. El comentario sobre las altas temperaturas traspasó las fronteras de la conversación de ascensor para convertirse en previsión terrorífica en los medios de comunicación con una agenda política a medio gas. Los reyes y sus hijas recibían en el palacio de Marivent a las autoridades mallorquinas y vestían con frescas albarcas menorquinas y bolsos de tela *de llengües* para pasear por Palma. A partir de ahora, dicen los expertos, el cambio climático nos regalará veranos tórridos. Lo leo en el periódico mientras una treintena de extranjeros y locales, propietarios o visitantes ocasionales nadan en la piscina común de unos apartamentos económicos en el Port de Alcudia. Mi hijo mira estupefacto a los niños que se tiran al agua estrepitosamente desde la isla de hormigón con palmeras del centro de la piscina y juegan a la pelota frente a los carteles que lo prohíben. Debajo de una imagen con una hamburguesa tachada, una señora come un helado mientras charla amistosamente con un guardia de seguridad entrado en años, que inspira más ternura que autoridad. Una mujer con claro acento de Mallorca va generando corrillos multiculturales que entiendan el castellano para comentar lo que nos parece a nosotros –que pasamos aquí solo una noche en

lo que se ha convertido en un trabajo de campo no previsto- el tema de la semana. Intuimos que los propietarios han detectado intrusos, esto es, personas no alojadas en los apartamentos, en las zonas de ocio del complejo. «Yo a veces he dejado mi llave a mi hermana, pero ella sabe mi DNI», comenta la señora provocando el asentimiento de los demás ante el comentario sobre la identificación nacional, que parece clarificarlo todo. La propietaria del bar adyacente nos comenta que desde que cerraron la piscina pública municipal, la gente del pueblo se acerca a la piscina privada de los apartamentos en grupos bastante numerosos. Los domingos incluso organizan pícnic en su césped. Se ha corrido la voz y es muy difícil detectar a los que no tienen derecho a utilizar la piscina entre una profusión diversa de familias, jóvenes y jubilados mallorquines, españoles y europeos que poseen o alquilan los más de mil apartamentos. Aclaro sonrojada que nosotros hemos pagado habitación por una noche, porque venía mi suegra de la península, porque hace mucho calor en Palma, porque no había nada más disponible en toda la isla, por cómo se han puesto los precios, porque no tenemos coche... Y me encuentro disculpando -¿autojustificando?- mi presencia en este espacio de apartamentos económicos, ambiente familiar, minidisco bilingüe y espectáculo de magia después de la cena. Yo, siento, no debería estar aquí. Ni propietaria, ni turista, ni trabajadora de hotelería: hay algo que parece fuera de lugar en mi presencia, tan cerca de casa, pero tan lejos de mi propio universo cultural. Mientras yo me cuestiono, mi hijo se lo pasa genial en los toboganes de agua con algunos niños muy rubios, después de preguntarme un par de veces con ilusión y disimulo si son gratis y si él también puede entrar.

Dice la poeta canaria Acerina Cruz (2017, 47) que, los que nacimos cuando el boom turístico ya estaba asentado, no podemos contar nuestra historia sin la de los turistas. Añadiría que no podemos ya a menudo identificar quiénes son o somos los turistas. En esta doble o triple intrusión -en nuestro territorio, en nuestra comunidad, en la misma historia de nuestras vidas- lo turístico deviene no un tema, un mercado, o una práctica, sino una condición que atraviesa y desafía muchos lugares centrales de la identidad y de la cultura contemporánea en los entornos turistizados. Tiene que ver con aspectos tan definitivos e íntimos como tener derecho o sentirse con derecho de ocupar un espacio, con la delimitación de los lugares públicos o privados, con la definición de qué lugar ocupa cada uno en un territorio compartido con gentes diversas y, en definitiva, con las maneras de estar en común y los conflictos que generan.

En este volumen me propongo reflexionar sobre algunas de estas cuestiones en relación con la producción cultural que se crea en el contexto complejo y conflictivo marcado por el turismo desde el caso concreto de la Mallorca contemporánea. Mi aproximación se ubica entre los estudios literarios y culturales, la antropología y el

comparatismo contemporáneo. Dialoga con el giro afectivo –hablo de la nostalgia, de la rabia y del orgullo– y con marcos de uso y comercialización de lo cultural y lo literario, pero intentando que la reflexión teórica esté siempre al servicio de una voluntad crítica, esto es, de poner en crisis lo asentado.¹ Desde esta orientación, este volumen resulta un hilo más de un tejido complejo de análisis que se está configurando en torno a la insularidad turística desde estudios concretos sobre el caso de las islas Baleares, esto es, una destinación de las denominadas ‘maduras’ que, además, ha generado un modelo –la *balearización*– proyectado a otros enclaves.

Desde hace años, somos diversos los investigadores que hemos girado la vista hacia la realidad insular contemporánea con una perspectiva preocupada, pero a la vez atenta a las complejidades que revela la turistización y a sus efectos a largo plazo. Esta complejidad rehúye las posiciones esencialistas y excesivamente dicotómicas y valora cómo los entornos afectados por el turismo aportan datos muy relevantes para reflexionar sobre categorías esenciales en el análisis de las prácticas culturales de la contemporaneidad como, entre otras, la mercantilización de lo cultural, el desafío medioambiental, la opresión simbólica y las diversas formas de revisión de las fronteras entre cultura y consumo, alteridad e identidad o cultura y mercado. Mi aproximación dialoga con las que se traman desde la antropología (Marc Morell, Francesc Alemany, Jaume Franquesa), la historia cultural (Antoni Vives, Francesc Vicens), la literatura (Guillem Colom, Xavier Barceló y, en un texto pionero y muy relevante, Pilar Arnau), la imagología (Eduard Moyà, entre muchos otros estudios sobre la representación de los viajeros sobre las islas), el pensamiento político (Joaquín Valdivielso), la sociología (Joan Amer, Pau Obrador) o la geografía crítica (Macià Blázquez, Ivan Murray, Ernest Cañada, Sònia Vives, Nofre Rullan, entre otros). Interfiere en un tramado crítico multidisciplinar que creo que no siempre sabe tejer los lazos de colaboración y debate necesarios para generar conocimiento compartido. La compartimentación disciplinar del conocimiento académico –especialmente segmentado en el contexto hispánico– no favorece el diálogo: nos sitúa a menudo en lugares diferentes, canaliza nuestras investigaciones en plataformas poco visibles a los demás investigadores y al público en general, prioriza lo que ‘cuenta’ de cara a las acreditaciones –el liderazgo, lo excelente– más que la

1 En este sentido, se vincula a los dos proyectos de investigación en los que he participado durante su redacción, esto es, el proyecto Remlicat. Regímenes emocionales de la contemporaneidad en la literatura catalana (PID2023-146893NB-I00, financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por FEDER, UE) y Calibram. Literatura&Cía: canon, mediación y branding en los sistemas (pos)literarios ibéricos (siglos XX-XXI) (PID2021-127608NB-I00).

conversación calmada y poblada de dudas que requiere siempre el intercambio científico.

Mi intervención aboga por generar puentes de diálogo multidisciplinares, pero se concreta desde una casuística que tiene que ver con las manifestaciones que genera la práctica turística en las culturas que podríamos denominar –de momento, todavía sin cuestionar el concepto– *residentes*. Las producciones que me interesan ‘responden’ al turismo, pero no son necesaria o simplemente reactivas o resistentes. Veremos que, entre el rechazo y la promoción de lo turístico –y de sus relaciones de poder simbólico o económico–, emerge un amplio abanico de productos que dialogan con las diversas formas de contacto o de conflicto que propicia la práctica turística. Mis objetos de estudio hablan también de la función de la cultura y de su intersección con el conocimiento crítico y con la acción política. Desafían la formulación de la intersección entre turismo y cultura bajo la fórmula del ‘turismo cultural’. Como ha expuesto Jaume Franquesa (2008), el turismo cultural se ha concebido a menudo como una función pedagógica, una atracción económica o un camino para promover el desarrollo local o la cohesión social. Franquesa añade a estas formulaciones una función que denomina ‘encubridora’, esto es, el uso de lo cultural como cortina de humo de procesos que legitiman o propician cambios sociales. En su aplicación desde el caso de la ciudad de Palma, el turismo cultural ejemplificaría el hecho de que las políticas públicas se orienten hacia la satisfacción e incluso hacia la promoción de las necesidades del capital con mecanismos que desactivan la crítica. Como ciudadana o ciudadano, es difícil protestar contra lo que se presenta como un acto de promoción ‘cultural’, sea en forma de itinerario histórico por el casco antiguo, comercialización de artesanía, festival de literatura, construcción de equipamiento cultural o restauración de fachadas de edificios patrimoniales. Las diversas proyecciones del ‘turismo cultural’ forman parte de la ‘sobredimensión’ de la cultura detectada por Terry Eagleton (2017), que sería a la vez efecto y causa de una forma estetizada e instrumental de capitalismo creativo y, en apariencia, inmaterial, que introduce en nuestro lenguaje nuevos términos al uso, como ‘industria creativa’, ‘políticas culturales’ o, incluso, ‘patrimonio inmaterial’. La cultura, así entendida, se convierte en un producto consumible, cuyas implicaciones políticas se difuminan. En su carácter etéreo puede crear una cortina de humo que no atienda a la concreción material y territorial de sus efectos: la mano de obra barata que trabaja en los hoteles, los inmigrantes sin papeles que los construyen, la aparición de especies tropicales en pleno mediterráneo, los cortes de agua en temporada alta.

En este volumen, al atender a productos y prácticas culturales no pretendo ni sobredimensionar su capacidad de interferir en la vida social ni celebrar acríticamente su potencial político. Escribe Marina

Garcés (2013, 1) que «La cultura no es un producto a vender ni un patrimonio a defender. Es una actividad viva, plural y conflictiva con la que hombres y mujeres damos sentido al mundo que compartimos y nos implicamos en él». Como matiza Antonio Monegal, las diversas acepciones del mismo término *cultura* no permiten rehuir su carácter de producto o patrimonio, a la vez que como lugar compartido y conflictivo. A mi me interesa especialmente lo que en la cultura resulta performativo, esto es, su consideración como «forma de interacción y de actuación en el mundo» (Monegal 2022, 151), o, como añade poco más adelante, la manera así cómo «[p]uede servir para generar imaginarios de consenso que cohesionen una comunidad o ser un espacio de debate, enfrentamiento o subversión» (157).

Me interesa, en suma, analizar cómo en los entornos turistizados emergen formas de acción y resistencia cultural que, como toda forma de resistencia, no pueden evitar dialogar con la opresión que las motiva. Esta opresión, en el caso del turismo, tiene una formulación altamente simbólica y genera un imaginario que puede haber sido parcialmente asumido por quien ahora se resiste a sus efectos. Sin embargo, que su expresión sea vicaria, esto es, dependa de un referente previo a subvertir, no implica que no pueda generar nuevos lugares de agencia política que emerjan no tanto de un pensamiento utópico como de la voluntad de dialogar desde lo conflictivo. En las siguientes páginas encontraremos diferentes facetas de esta percepción pragmática, ambigua y conflictual de lo cultural. Después de esta introducción, el segundo capítulo propone un estado de la cuestión sobre la relación entre cultura, turismo e insularidad que pueda servir de marco para el análisis. En el tercer capítulo reflexionaremos sobre la ciudad como puerta de entrada a la isla turística cuyas representaciones nos sirven para ilustrar una paradoja central en la percepción del territorio turistizado, esto es, el contraste entre la calma que se comercializa y el movimiento que esta comercialización provoca. Estas mismas representaciones de la isla, más o menos afectadas por la mirada turística conceptualizada por John Urry (2004), son revisadas o contradichas por los productos visuales y poéticos estudiados en los siguientes capítulos. En el cuarto capítulo se analiza el uso paródico de repertorios como la postal o los mapas para la elaboración de discursos críticos contra la saturación que utilizan los soportes turísticos para contradecir su sentido. La parodia resulta siempre un relato secundario, dependiente de un hipotexto que se critica. No puede ser original o auténtica: es siempre una copia distorsionada. En el quinto capítulo se interroga el concepto de 'autenticidad' y los usos de la oposición rural/urbano en la Mallorca actual. Este mismo concepto será desafiado en la producción poética contemporánea que trabaja desde diferentes reelaboraciones de la nostalgia. En este sexto capítulo, estas reelaboraciones se estudian mediante la comparación de sus formas en la poesía mallorquina y

canaria actual. El penúltimo capítulo ahonda en lo problemático de algunos fenómenos que se encuentran en un espacio de hibridación entre la oferta para turistas y para residentes y que tienen que ver con la mercantilización de la producción cultural. Finalmente, para cerrar, nos situamos ante fenómenos que cuestionan el concepto de ‘sostenibilidad’ a partir del estudio de las narrativas distópicas y de la representación crítica, irónica y reflexiva sobre el *balconing*.

Algunos de los capítulos de este volumen han sido publicados en versiones más breves y anteriores en catalán y en inglés en revistas especializadas.² Aparecen aquí traducidos, ampliados y actualizados. Las revistas académicas restringen a menudo tanto el tamaño del artículo como algunos aspectos formales (por ejemplo, en dos de los artículos, obligaban a renunciar a las notas al pie que ahora remiten a más casuística, explicaciones complementarias o enlaces donde ampliar información). Reunir estos capítulos en un solo volumen y en castellano no es una operación académicamente fácil ni sociolingüísticamente inocua. Por lo que se refiere al formato, porque el uso del libro como lugar de difusión de la investigación ha pasado cada vez más a ser desplazado por el formato *paper*. Sin embargo, como ya defendí en la introducción de mi anterior libro (Picornell 2020), publicar una monografía me parece una operación sana a nivel personal y útil a nivel colectivo, en tanto que permite utilizar el espacio más amplio y pausado que propicia la redacción de un libro para cerrar una etapa de investigación releando y revisando lo aprendido y lanzándolo a un debate público necesariamente más amplio que el restringido a la esfera de las revistas indexadas. Desafía, así, el productivismo y la obsolescencia (semi)programada que corrompe la capacidad reflexiva de la academia actual. Publicarlo en castellano es para mí una opción instrumental en vistas a ampliar el público lector y favorecer, también, lecturas desde fuera de mi territorio académico, de expresión mayoritariamente catalana, donde mis reflexiones espero que puedan interesar, pero mi corpus quizás no sea desconocido. Me gustaría que este volumen traspasase el espacio del debate local –en Mallorca, en el archipiélago de las Islas Baleares, en Cataluña, en España y, muy especialmente, en otras islas –a la vez que contradijera las aspiraciones globalizadoras de algunas propuestas del último comparatismo mundial– esto es, el que entiende lo *global* como lugar de circulación desterritorializado

2 La referencia de cada texto de partida se indica a nota al pie en el inicio de cada capítulo. Para compilar y ampliar una parte del volumen recibí una ayuda del Institut d’Estudis Baleàrics (Subvenciones a la Investigación, 2021). No reúno aquí todo lo que he publicado sobre turismo e insularidad, sino aquello que me parece que puede ser interesante revisar desde una mirada común. Para otras aproximaciones complementarias pero no compiladas aquí ver Picornell 2012; 2019; Picornell, Martínez-Tejero 2023; Gomis, Picornell 2024.

y de jerarquías geopolíticas difusas. En este volumen, cuyo corpus es mayoritariamente insular, la localidad concreta, territorialmente marcada, culturalmente opresora o transformadora, se entiende como un espacio desde el que intervenir en debates disciplinares y académicos interdisciplinares e interlocales. Mi libro, en este sentido, pretende incorporarse a una conversación sobre la función de la cultura en el mundo contemporáneo, sobre su capacidad de generar agendas y agencias resistentes a la hegemonía, sobre una idea de globalización que genera nuevas localidades y contactos y redes complejas entre identidades -residentes y turistas, aborígenes y migrantes, 'nuestra' cultura y la que 'se nos' impone- que ya no pueden ser dicotómicas pero que siguen atravesadas por jerarquías de poder complejas que las producciones culturales vinculadas a la práctica turística y a sus resistencias contribuyen a visibilizar y, en ocasiones, incluso a rebatir.

